

mundo del espíritu se llega a conseguir. No hemos hablado hasta aquí del *efecto* que los encuentros produjeron en los personajes elegidos por Aleixandre. Pero, o mucho nos equivocamos, o los mismos debieron suponer para la mayoría de ellos como una profunda, incuestionable corroboración. El retratado se debió sentir compensado de multitud, de infinidad de sacrificios. El residente, en un abrazo cordial e inteligente, debió de ver su luto comprendido, enaltecido, dignificado por quien, a pesar de todo el gozo que derrochó en su canto frente al beso del mundo, supo mucho, por desgracia, de sacrificios y dolor. Se dice fácilmente lo de que retratar es corroborar de la manera más gloriosa posible (¡sin pasarse!, como actualmente solemos decir ante los desmedidos), la cantidad de luto redimido, que es quizá a lo que de otra manera más simple llamamos existencia. Pero no cabe duda que en los encuentros aleixandrinos lo que más valoramos a estas alturas es la tierna y calificadora manera de encajar la vida ajena a que el sevillano supo entregarse, cuando para llevar a cabo sus *Encuentros*, sin caer en excesos caricaturescos, repetimos, ni ditirambos deformantes, se convirtió en algo así como en un eco de una realidad personalísima, en promesa de superación y mejoría...

MATERIA Y ESPECIE

Eco, escucha de unos valores que, sin ser a veces los más extraordinarios de los seres retratados, son probablemente los más significativos en un panorama de cosas profundamente entrañables. Lo que el retratista en sus encuentros tiene en sus brazos, no es simple *materia humana*, capaz de ser descrita de manera superficial o más profunda, sino *especie viva*, material muy querido por el poeta en este caso, tan diferenciado por él de lo que puede tener dos versiones: la dérmica o aparente, o la profundamente descifradora. El poeta que canta por todos y entre todos elige con sus encuentros, interesa señalar, aquellas criaturas que en diferentes momentos de su existencia se le convirtieron en referencias importantísimas de la suya. Convencido de que si los entiende como especie testimonial, cosa más importante en el terreno creador de lo que parece, es más grave y más seria la pretensión por él iniciada, a base de enraizamiento y elevación. Sabido es que los *testigos* se prefieren en este tipo de ocasiones de acuerdo un poco a la naturaleza de la obra de la que se tiene que dar testimonio. Estamos demasiado acostumbrados a que el retratista, cuando crea personajes a su alrededor, para que den fe entre tantas cosas de su existencia llamémosla creadora, los concierta un poco en referencias elocuentes de algo, absolutamente ajeno a su

personalidad. El retratista da fe como le es posible del ser retratado. Pero una efigie, entendida de forma superficial y en pecado de espectacularismo, está aplaudiendo a lo largo del tiempo el aire, hasta cierto punto demiúrgico, de su evidente creador. Los retratos *agradecen* fuera del tiempo, gestos creadores sobre los que no vamos a insistir en este caso. Salvo cuando, y aquí sí queríamos llegar, creadores del rango de Alexandre los sitúan en su galería como *compañeros* más que como *falsos mitos*; como testigos siempre de lo que supuso su aventura creadora, pero en un terreno, como si dijéramos, de particular igualdad. Ante la especie viva, Alexandre no se inclina, no se arrodilla como suelen hacer en el peor de los casos los retratistas aduladores... Sino que cobra conciencia de ella. La rinde el homenaje que todo creador está siempre dispuesto a rendirle en todo momento a lo que le acompaña con suficiente conciencia y lealtad. En este mundo lleno de materia humana, las especies vivas efigiadas por el autor de *Poemas de la consumación* son algo así como *sus leales*. Gentes que, en un sentido o en otro, supieron dar a su condición de criaturas el relieve íntimo por el que el retratista entendió que no podían faltar en la serie de sus *Encuentros* generosos. En ellos, su autor exalta valores, como los amigos celebran virtudes: con discreción y contento. En ellos, el poeta celebra el salto importante de materia humana a especie viva dado por sus encontrados, con esa alegría con que dos personas que hondamente se quieren, comprenden juntos el mismo suceso vital. El salto al que nos referimos, como es sabido, se produce en el ser, cuando gracias a su desarrollo, el mismo tiene algo de música peculiar, distinguida. Pues bien, los encuentros alexandrinos se hacen eco de esa musicalidad entrañable que distingue a ciertos seres humanos, sin tornarlos presumidos, dislocados, falsos, sino más legítimos si cabe, más auténticos, más llenos de sí. A tal punto, que de los que no somos amigos, ¡lo quisiéramos ser! No descubrimos nada diciendo como resumen que la mayoría de los retratos *informan como a distancia*... Que lo que nosotros sentimos frente a un retrato normal, corriente, es cualquier cosa, menos un afán de fraternizar. Pues bien; en el caso de los encuentros de Alexandre, suele ocurrir todo lo contrario. Saliéndose de ellos más amigo del amigo, y como hondamente familiarizado, respecto al simplemente conocido. La calificadora sensibilidad vicentina tiene la virtud de acreditar lo más importante para nosotros del ser humano: su facultad de encarnar los afectos... Y ninguno de los elegidos por el autor de *Sombra del paraíso*, sin caer por culpa de su exegeta en el apartado de *los distinguidos*, deja de pertenecer a la escasa categoría de esas gentes que nosotros consideramos de *buena encarnadura*. A las gen-

tes de vocación solidaria, fraternizar nos resulta ejercicio predilecto. Quienes como consecuencia del encaminamiento a la poesía hemos conseguido hacer cada vez más grande nuestro abrazo, nos enriquece como nada encontrarnos con criaturas de las que Aleixandre prefiere, entrañadas, encarnadas cordialísimamente por su comprensión. Porque el poeta, no *las destaca* y exceptúa de todas aquellas con quienes convive. Sino que las disfruta fraternalmente como quisiera hacerlo con tantos y tantos, a los que no conoce. Convencido —y convenciéndonos— que por encima de todo lo que en la vida hace el hombre materia, hay mucho todavía que le convierte en digna espuma creacional... El encuentro de Aleixandre con el amigo, es la proclamación de la amistad como triunfo solidario y no exquisito-excluyente. Lo que encuentra el retratista en quienes fueron testigos de su proceso no es esa envidia de la que tanto se culpa al ser humano, sino el afecto, el hondo afecto que le convirtió en «poeta sin versos» en el peor de los casos. El mundo, una vez conocidos *Los encuentros* aleixandrinos, no puede convertirse de materia gratuita en un paraíso bobalicón y de un ingenuismo fatigante... Sino en espacio difícilmente redimible de sus defectos, pero enriquecido y, por consiguiente, compensado en virtud de los valores que en la especie viva el poeta constantemente descubre. «Yo me conozco, pues que pienso, y miro a los demás», llegaría a decir el autor de *Diálogos del conocimiento*, ¡*Cómo en ti sumergí mis ojos claros, / mundo real. Nací pues que existías*, afirmaría en este libro, corroborando que el poeta a fuerza de cantar va creándose una encarnadura, capaz entre tantas cosas de dar fe del milagro real y humano que constantemente le rodea. El problema, y en Aleixandre se ve muy claro, no está en tender en solitario más y más a la poesía, en la medida que la encarnadura aludida se convierte en su mejor estilo, sino en celebrar, en encontrarse con criaturas que por diferentes caminos encarnaron o pretenden encarnar todo lo que la especie viva es capaz de descubrir. Para ello, la amistad, el encuentro con lo humano, la pasión por un mundo poblado de seres semejantes le lleva al poeta a no olvidarse de aquellos a quienes la encarnadura, el dentro, no siempre se les hace canto. Y de ahí la necesidad de encontrarse con quienes el poeta considera hermanos de luz.

ENCONTRARSE

La manera de encontrarse Vicente Aleixandre en aquellos que ha preferido para tema de sus retratos, justifica por otra parte dos cosas: la poesía como formulación de lo imposible, ampliamente cultivada por el sevillano, y la manera de situarse al lado de los que con

su capacidad de comprensión quiere. (*Qué insistencia en vivir. Sólo lo entiendo / como formulación de lo imposible... Un pensamiento lícito es un hombre.*) La especie viva reside en el mundo para cantar en el mejor de los casos, parece siempre decirnos, pero también el que no florece su encarnadura en versos, como muchos de los protagonistas de sus *Encuentros*, pueden componer una estirpe contra la que el viento, considerado enemigo en alguna ocasión dentro de cierto poema alexandrino, no tiene nada que hacer. El problema no está en la desorbitación, en el delirio, sino en el enriquecimiento de los límites. Toda su poesía es una afirmación, muchas veces de un aparenciañismo desquiciado, y cuando le vemos en sus *Encuentros* confirmamos que lo que este poeta siempre pretende es no desquiciarse nunca, no desarraigarse para justificar el delirio, sino entañar profundamente pasos y latidos, conquistas propias y realidades ajenas, capaces de confirmar lo que en la especie viva hay de posibilidad. Si se nos permite una síntesis arriesgada, Vicente Aleixandre pertenece a los poetas españoles, con alas tan jóvenes, tan libres, como pecho y corazón siempre metido en años. El retratista que comprende *el poso* de quienes analiza en sus *Encuentros* nos demuestra que lo que prefiere en este mundo, pese a la riqueza evidente de su expresividad lírica, no es la manera de *pretender* un riesgo, sino el *enquiciamiento* a que el mismo conduce. Miró siempre con claridad, desde la curiosa naturaleza azul de sus ojos, en virtud de la cual siempre ha sido más joven de lo que era, pero conoció la vida y lo humano con el entañamiento, con la encarnadura con que ha reflejado en sus *Encuentros* a quienes celebró con solidaridad evidente. En Aleixandre late siempre, pese a su poesía radiante, encendida, de apasionamiento peculiarísimo, algo así como un irremediable desencanto... Desencanto que el poeta valoriza cuando, descubierto en quienes efigia de manera muy distinta, no ha sido obstáculo para logros o pretensiones elevadas. Con sus encuentros, por consiguiente, al mismo tiempo que rinde los homenajes propuestos, ha pretendido muchas veces *encontrarse*... Descansar para coger fuerzas, con el fin de continuar el peregrinaje inacabable que en última instancia es siempre la poesía. El ave canta a quien la contempla, no se sabe si para agradecer atenciones o para coger fuerzas... El poeta se encuentra en una parte de su obra con gentes a las que profesa gran estima, para que sus contemporáneos y quienes le siguen lo sepan, y para encontrar en ellos, no tanto un apoyo como una profunda corroboración. A las gentes de la encarnadura de semejante creador, todo se les presenta válido y «hermoso como un caudal sin límite». Dado que lo que quisieran no es un mundo en el que la desdicha imperase como ocurre en el desquiciado y presente, por des-